Lo que Usted Debería Saber sobre Economía para Ser Más Feliz

Por

Víctor Saltero

Freeditorial

Existen dos materias que tendrían que ser enseñadas a todos los niños del mundo antes de alcanzar la pubertad. Una es el dominio de la expresión hablada y otra la economía, pues ambas serán clave para el desarrollo posterior de sus vidas.

Un nivel alto de capacidad en el uso de la palabra abre muchas puertas pues facilita la comunicación con el resto de personas, al permitir expresar con precisión los deseos, pensamientos y emociones. Ello facilita la integración de los jóvenes en la sociedad. La palabra nos une. Creo que casi todo el mundo estará de acuerdo con esta idea.

Pero en el caso de la economía seguro que hay menos consenso. Intuyo que muchos lectores han arrugado el ceño, dudando si seguir leyendo ante algo tan aburrido, que creen es asunto de especialistas que jamás entenderán.

Esa impresión es falsa. Es muy fácil de entender y es un conocimiento de una inmensa utilidad, pues toda vida, desde el nacimiento a la muerte -e incluso después de ella-, está envuelta por la economía.

Por ejemplo, la estabilidad social, de la que tanto depende el bienestar de su vida, nace de una economía estable. Cuando los gobiernos actúan disparatadamente en este campo –o algún otro interviniente en ella como el sector financiero-, terminan arruinando a todo un país, aunque las consecuencias de dichos disparates tarden unos años en verse, arrastrándole a usted en dicha ruina, y con ella a buena parte de su felicidad.

Entender de economía es esencial porque su comprensión nos ayuda a tomar decisiones personales más acertadas. Nos facilitará resolver adecuadamente la compra de una vivienda o de un automóvil; nos ayudará a tomar la decisión de si debemos adquirir un crédito; será muy útil cuando vayamos a iniciar un negocio. E, incluso, ese conocimiento nos permite saber si los políticos a los que vamos a votar están realizando promesas factibles, o disparates populistas que terminarán hundiendo a la sociedad y el bienestar de nuestra familia con ella.

Del dominio de esta materia nace una amplia comprensión del mundo que vivimos –sus principios son idénticos en todos los países-, mientras con el desconocimiento de ella navegamos por la vida a ciegas, y con mayor riesgo de encallar.

Tal vez la primera pregunta a la que habría que responder es ¿por qué siendo tan importante no se enseña en los colegios? La respuesta es muy sencilla: porque nadie –y los políticos los primeros- tiene el más mínimo interés en que usted sepa algo sobre ese tema. Así que prefieren saturar los estudios con asignaturas de historia más o menos manipulada, de acuerdo con

el interés del que gobierne en ese momento; de química o matemáticas, que la mayor parte de veces no va a tener la más mínima relevancia a lo largo de su vida -exceptuando las reglas básicas-; y de otras asignaturas que no intentan transmitir conocimientos útiles, sino sólo apariencia de conocimientos.

Las élites políticas intuyen que la economía es un conocimiento peligroso para el poder. Así que no tienen gran interés en que los ciudadanos aprendan gran cosa al respecto, más allá de que ellos tampoco suelen saber demasiado, pues ni siquiera en las universidades donde se estudia esta ciencia se aprende de manera eficaz. Lo que suele enseñarse es el léxico particular que cada sector económico utiliza: el del financiero, el industrial, el del comercio, etc. En definitiva, las particularidades de los diversos sectores, pero no el entendimiento global del fenómeno económico.

De hecho, solemos dar por sentado que alguien que entiende, por ejemplo, del sector financiero sabe de economía. Es un error. El único conocimiento que suele tener de esta materia es el de cómo navegar por esa parte de la economía y las particularidades de ese sector concreto, pero no su interrelación con el conjunto. No obstante, solemos suponerlos como expertos porque le oímos usar con desenvoltura expresiones del lenguaje financiero que no entendemos, aunque, probablemente, no sabe de Economía más que usted.

Y, por otro lado, ¿cómo consiguen que usted y sus hijos se desinteresen por esta materia? Pues creándole un halo de complejidad que no tiene -como podrá comprobar inmediatamente-, y convirtiéndola en algo aburrido y aparentemente especializado.

Entremos en el asunto sin más dilación.

Comencemos por precisar que es la economía. Esta no es más que la ciencia que estudia todo acto de producción e intercambio de bienes y servicios para satisfacer cualquier tipo de necesidad o deseo de las personas.

Existe desde siempre. El hombre de las cavernas cambiaba con las tribus vecinas cualquier bien que le sobrara por otro que le hiciera falta. El intercambio era su forma de comercio, en una época donde aún no se había inventado el dinero y ese procedimiento del intercambio era el único posible. Pero es un sistema económico muy limitado, totalmente inútil en los tiempos actuales con más de seis mil millones de habitantes en este planeta.

Hace más de tres mil años que el dinero se creó, y, a partir de entonces los conceptos económicos fueron evolucionando hasta llegar a la época presente.

Vayamos a la actualidad.

En la naturaleza del hombre existe el deseo de poseer, que nace del más potente de sus instintos: el de la supervivencia. Por este compramos alimentos,

casa, ropa y multitud de bienes que cuanto más desarrollada es una sociedad mayor amplitud y variedad tienen, sobre todo según vamos superando la simple economía de supervivencia.

De ahí brota el fenómeno económico, el cual se pone en marcha de forma natural cada vez que alguien necesita algo que no tiene, pues siempre encontrará a otro dispuesto a proporcionárselo. A partir de ahí surgen los diversos sectores económicos: el que lo fabrica, el que lo trasporta, el que lo almacena, el que lo vende; y, en su caso, el que lo financiará. Simultáneamente con estos intervinientes conviven los estados –que se convierten también en otro sector económico en sí mismo- quedándose con un porcentaje de ese movimiento de bienes y servicios, por medio de los impuestos.

Dichos sectores son todos interdependientes entre sí, y su conjunto conforma la Economía.

Como decía anteriormente, la economía comienza a andar en cuanto alguien solicita un bien o servicio, pues con ello crea demanda natural y ahí empieza todo.

Para la más fácil comprensión perfilé esta sencilla fórmula que explica y regula todas las reglas que rigen la Economía, y es de aplicación universal.

La fórmula es: Demanda = producción + comercio = trabajo. Y por extensión: trabajo = +demanda + producción + comercio = + trabajo.

Y así se reproduce en un ciclo infinito.

Por el contrario, la ausencia de demanda natural –permítame que insista en este término- vuelve con signo negativo al resto de factores, creando desempleo y pobreza.

En definitiva, cuando alguien solicita algo que desea (la demanda) otro le satisfará fabricándolo y vendiéndoselo, necesitando crear empleo para poder producir lo que aquel le pidió. Estos nuevos trabajadores también necesitarán y querrán bienes que, a su vez, otros le proporcionarán, para lo que también deberán crear trabajo para poderlos satisfacer, y así sucesivamente. Pero si, por las circunstancias que fuesen, se corta la demanda comienza el desempleo y la pobreza.

Esto es lo que explica esta Fórmula, y ahí están resumidos todos los principios que rigen la Economía. En ella también encontramos las razones de los grandes éxitos en esta materia e, igualmente, de las grandes crisis de todos los tiempos.

Como a continuación podrá comprobar, dichas crisis, invariablemente, están producidas por decisiones erróneas con las que algunos de los sectores profesionales intervinientes han alterado el equilibrio armónico de los factores

que intervienen en la Fórmula.

Normalmente suelen ser decisiones equivocadas tomadas por los gobiernos, o por el mundo financiero, que son los sectores económicos con mayor capacidad de influencia sobre la economía, tanto para bien como para mal.

Como la mejor forma para explicarlo es acudir a los casos reales, vayamos a ellos.

La razón del fracaso económico -y por tanto social-, de África está en que no existe demanda organizada, más allá de la necesaria para la mera supervivencia; por tanto, apenas existe producción, comercio y trabajo.

El fracaso de la URSS tuvo su motivación principal en que el gobierno decidía lo qué se debía fabricar y comprar –las empresas de personas particulares estaban prohibidas por ley-, y por ello su economía no obedecía a la demanda natural de sus ciudadanos; obedecía a la demanda creada y manipulada desde el Estado Soviético, con lo que terminó hundiéndose estrepitosamente, pues dicho estado producía tanques y misiles en las fábricas, cuando la gente lo que quería (la demanda natural) era leche, pan, ropa y vivienda. Es decir, la producción no actuaba en armonía con la demanda. Así que colapsaron, tras mucho sufrimiento de sus ciudadanos. Hoy día hace exactamente lo mismo Corea del Norte, y así les va.

Los chinos han aprendido de este rotundo fracaso y están aplicando a rajatablas la fórmula arriba expresada, y con su implementación fiel se han convertido ya en la segunda potencia del mundo.

El secreto del éxito económico de USA está en el vigor y regularidad de una demanda natural y organizada, la cual creó, y mantiene, a una amplia sociedad de clase media, que es, a su vez, quien crea buena parte de la demanda de la que vivimos medio mundo.

Como podrá ver en estos casos reales, lo que se produce en los casos negativos es una alteración de los factores de la Fórmula por manipulación o inexistencia de demanda; y en los positivos la aplicación precisa de aquélla.

En África si no existe demanda ordenada y natural no pueden crear empleo, para que a su vez genere nueva demanda y más empleo.

En la antigua URSS, como antes expresé, el estado era el que dirigía y manipulaba la demanda por medio del control de la industria, la cual producía sólo lo que el gobierno indicaba, no lo que los ciudadanos deseaban. Como consecuencia lógica, ninguno de los factores de la Fórmula funcionaba. En definitiva, fueron incapaces de poner la Economía en marcha.

USA, y ahora también China, tienen la mayor clase media del mundo

porque crean una demanda libre, pero ordenada y natural. Es decir, ambos países aplican la Fórmula con precisión, aunque de vez en cuando también cometen errores que nos terminan afectando a todos.

Preguntas más frecuentes sobre temas económicos

Voy a recoger aquí las cuestiones más habituales que, a estos respectos, me han sido planteadas en los últimos años, aunque alguna de dichas cuestiones ya las respondí en otros escritos publicados hace algún tiempo.

¿A qué se debió la crisis financiera global del 2008?

A finales del siglo pasado convivían en el sector financiero dos tipos básicos de instituciones: los bancos tradicionales y los de inversión. Unos y otros son al dinero lo que el cauce del rio es a las aguas. Si haces obras en el cauce, como no estén bien diseñadas, puedes provocar que el rio se seque o que, por el contrario, se desborde. En el caso de esta crisis, malas decisiones, provocaron un desbordamiento inicial de dinero que condujo a una posterior sequía del mismo. Con ello se secó el crédito, y con este la demanda.

¿Por qué pasó? Los bancos tradicionales tenían por función ser depositario del dinero de los ciudadanos, y, con un margen en intereses, prestárselo a quien le hiciera falta con las debidas garantías, pues era dinero ajeno el que prestaban. Los bancos centrales de cada país, supuestamente, controlaban que estos bancos no hiciesen disparates que pusiese en riesgo el dinero de sus depositantes.

Por otro lado, las entidades de inversión buscaban capital ajeno y lo invertían en operaciones de riesgos, con el fin de intentar aumentar beneficios para sus clientes, y para sí mismos, si dichas operaciones salían bien. Eran, junto con los fondos de pensiones, los grandes inversores en las bolsas de todo el mundo.

Pues bien, el presidente Clinton, a final de los años noventa del siglo XX, levantó las restricciones que los bancos tradicionales tenían para invertir en bolsa, al tiempo que permitía a las entidades financieras actuar también como bancos tradicionales. Muchos otros países imitaron esta decisión estadounidense.

La resultante fue la aparición masiva de dinero en las bolsas de todo el mundo, impulsando con ello una demanda ficticia. Ahí se inició el problema cuyas consecuencias veríamos años más tardes.

A principio de este siglo bancos y entidades financieras comenzaron a conceder enormes paquetes de préstamos fundamentalmente para vivienda, pero también para la compra de otros bienes. Daban más créditos del que los ciudadanos y empresas necesitaban para su demanda habitual, y con dichos créditos los animaban a gastar por encima de las posibilidades reales de devolución.

El sector financiero estaba encantado pues ganaba, sobre el papel, mucho dinero. Con esos teóricos beneficios se repartían grandes premios económicos entre sus gestores. Como más adelante podrá ver, dichos opulentos beneficios acabaron en grandes pérdidas, que terminamos pagando todos.

Las entidades prestamistas ya habían concedido préstamos a gente con capacidad para devolverlo, así que comenzaron a rebajar las exigencias y empezaron a dar créditos a personas menos solventes.

El ciudadano que recibe dicho crédito supone que los expertos saben lo que hacen, y piensa: *si los bancos están dispuestos a darme dinero será porque puedo permitírmelo*. Así que compra otra casa mayor o un nuevo automóvil que no necesitaba, ni que en realidad podía pagar.

Bancos y entidades financieras sabían que ésas eran hipotecas y operaciones crediticias de riesgo. Así que, para controlar este riesgo, realizan seguros de impagos con aseguradoras (fundamentalmente con la compañía AIG). Si hay un impago de hipoteca o crédito, aquéllas se tienen que hacer cargo del pago. Con ello los bancos quitan sus riesgos de los libros contables, y pueden pedir nuevos créditos para seguir operando, y así se fueron endeudando brutalmente. Las aseguradoras asumieron ese riesgo a escala global, convencidas de que el mercado de la vivienda siempre estaría en alza.

Pero pasó lo lógico. Al haber inflamado con tanto crédito la demanda, la vivienda termina bajando de precio porque hay sobre oferta pues se han construido demasiadas; más de las que la gente necesita. Los títulos hipotecarios se hunden y las aseguradoras tienen que pagar los impagos. Todos, en todo el mundo y al mismo tiempo. No pueden pagar. Así que los bancos sufren pérdidas masivas el mismo día, pues los impagos recaen finalmente sobre ellos, y esto los hunde y con ellos al sistema financiero.

Estas fueron las razones de la crisis financiera que comenzó en el 2008, y de la cual aún hoy pagamos consecuencias en muchos países.

Como verá fue una vulneración fragrante de la fórmula arriba desarrollada, al introducir una demanda ficticia, y por tanto no natural. Crearon una burbuja que estuvo a punto de hundir la economía mundial.

Las entidades financieras, con el respaldo de los gobiernos, fueron quienes crearon este inmenso problema, pues es necesario saber que el crédito tiene la

capacidad de construir una economía moderna, pero su falta tiene el poder de destruirla veloz y totalmente; lo que ocurre inevitablemente cuando la ciudadanía no puede acceder a préstamos para comprar una casa, iniciar un negocio, llenar los estantes de las tiendas, o comprar un automóvil. En suma, sin crédito desaparece la demanda y ella arrastra al resto de factores de la Fórmula: producción, comercio y trabajo.

Los bancos quedaron en pésima situación de solvencia, enormemente endeudados, y desertaron de cumplir su función social, que es ser el cauce al flujo del dinero, y detuvieron la circulación del mismo y del crédito, mientras se relamían sus heridas.

Colocaron al mundo al borde del colapso, pues todo ello sucede muy rápido. Mucha gente advirtiéndolo comienza a preguntarse con pánico: *¿mi dinero estará a salvo en el banco?* Y empieza a retirar efectivo. Luego colas en los bancos, cierres de estos y en dos semanas no hay alimentos en las tiendas.

Se resolvió muy lentamente, a base de enormes inyecciones de dinero proveniente de los impuestos de los ciudadanos a los bancos por todo el mundo. Pero no olvidemos que esta crisis se puede volver a repetir si los gobiernos y bancos centrales no controlan adecuadamente a las entidades financieras.

En definitiva, como podrá ver, el corazón de esta crisis estuvo en una profunda manipulación de la demanda, que dejó de ser natural.

¿Qué es el dinero?

Es una de las más brillante creaciones del hombre, pues sin él jamás podríamos alimentar a los miles de millones de habitantes del mundo actual.

En primer lugar, conviene aclarar que el dinero no es más que una simple convención. Su solidez se basa en la confianza que debe tener su poseedor en que podrá cambiar ese trozo de metal, o papel, por bienes del país emisor de una determinada moneda.

El dinero nació por la necesidad de los individuos, y los pueblos, de poseer un instrumento eficaz con el que poder realizar intercambios de bienes.

En la remota antigüedad, en sociedades mucho más elementales que la nuestra, esas transacciones se limitaban al mero intercambio de mercancías entre las personas. Así, por ejemplo, aquel que poseía excedentes de trigo procuraba cambiarlos por cuero para vestirse, con aquel que producía más del que necesitaba. Probablemente ahí nació el arte del regateo, que todavía hoy persiste en muchos lugares del mundo, pues debía resultar difícil determinar

cuánto trigo había que entregar a cambio, por ejemplo, de una piel de cordero. Cabe suponer que esas transacciones se llevarían a cabo tras largas veladas de discusiones que, ciertamente, tendrían su encanto.

Las cosas se fueron complicando cuando, como consecuencia del crecimiento demográfico y de la especialización de la producción, comenzó a ser difícil realizar intercambios comerciales de cierta importancia y equiparar precios y valores, lo que suponía un freno evidente para el comercio a mayor escala. Esta cuestión se resolvió con la ingeniosa invención de lo que hoy conocemos como el dinero. Con su nacimiento, el comercio se expandió rápidamente, pues facilitó el intercambio de mercancías, tanto entre las personas individualmente como entre los pueblos.

En un primer momento, a falta de un sistema monetario, se comerciaba tomando como elemento de referencia las gallinas, las vacas o los cerdos. De hecho, las primeras monedas romanas que se acuñaron llevaban grabadas imágenes de estos animales y recibían el nombre de pecunia, término derivado de pecus, que en latín significa “ganado”.

Pero, en realidad, ¿qué es el dinero? Como dijimos al principio se trata de una convención, de un acuerdo no escrito, pues, físicamente, suele ser un trozo de metal o de papel sin apenas valor en sí mismo.

Sin pretender ofrecer aquí un análisis de su evolución a lo largo de la historia, señalaremos algunos puntos importantes que pueden arrojar alguna luz sobre él.

Hasta hace poco tiempo el conjunto de dinero que cada país ponía en circulación correspondía al valor total de las reservas de oro existentes en el banco estatal. Era la Economía de la Escasez. Este sistema se ha prolongado desde la antigüedad hasta casi nuestros días. El dinero entonces era una especie de cheque al portador, de vencimiento inmediato, emitido por el Estado y que el poseedor esperaba poder convertir en su valor concreto en oro. Por ejemplo, si el banco de Francia tenía en sus arcas cien toneladas de oro, fabricaba y ponía en circulación monedas y billetes por un valor total equivalente; su división en unidades menores daba lugar a lo que se conoce como divisa o moneda nacional, a la que cada país da un nombre distinto. Ello significaba que cualquier moneda en circulación estaba garantizada, en su valor, por el porcentaje equivalente de oro depositado en el banco estatal. En otras ocasiones, incluso, las monedas eran fabricadas directamente en oro o plata, por lo que adquirían valor por sí mismas.

Este sistema -el del oro como patrón-, dejó de utilizarse a mediados el siglo pasado como consecuencia de la crisis deflacionista de 1929. Lo sustituyó un complejo sistema, dirigido normalmente por los bancos centrales de cada país -con mayor o menor independencia de sus respectivos gobiernos-,

en el que se tienen en cuenta múltiples factores a la hora de decidir la cantidad de dinero que hay que poner en circulación: El producto interior bruto (PIB), las necesidades de circulante de empresas y particulares, así como de los Estados, las balanzas de pago, la inflación, etcétera.

Este nuevo sistema ha creado la Economía de la Abundancia, porque su implantación permite que el número de personas con un razonable nivel de vida pueda ir aumentando continuamente al no tener más límites la producción de dinero, que la imaginación y esfuerzo de las personas por crear riquezas.

¿Qué es la bolsa de valores?

La Bolsa nació como un instrumento financiero para las empresas, complementario o sustitutivo del crédito tradicional. A su vez, se ha convertido en un mecanismo de socialización de las compañías, pues permite que cualquier ciudadano pueda acceder a su propiedad por poco dinero.

Las empresas que necesitan una inyección de capital para poder afrontar nuevos proyectos, o estabilizar los que se encuentran en fase de desarrollo, tienen la oportunidad de conseguirlo de aquellas personas o entidades que les confían sus ahorros y que, por ese motivo, se convierten en accionistas.

La principal ventaja que tienen las compañías que cotizan en Bolsa es que, además de obtener financiación, no pagan intereses por el dinero recibido, a diferencia de lo que sucede con los créditos. El accionista o inversor, por su parte, se convierte en copropietario de la empresa y, por tanto, se halla sujeto a la evolución económica de ésta. En otras palabras, si la empresa de la que ha comprado acciones obtiene beneficios, una parte de ellos serán para él, siempre en función de su porcentaje de participación. Ahora bien, si la empresa genera pérdidas el accionista puede llegar a perder todo el capital invertido en ella.

Esta herramienta financiera, como decíamos, ha desempeñado un papel fundamental en el crecimiento de las empresas en las últimas décadas y ha socializado la participación en ellas, pues, en todo el mundo, existen millones de pequeños inversores que destinan sus ahorros a la compra de acciones en el mercado bursátil. Estas inversiones se conocen como capital-riesgo, porque si la empresa genera pérdidas las acciones bajan de valor y parte de los ahorros se pierden; pero si da beneficios el accionista puede participar de ellos y revalorizar su participación.

No obstante, existe un valor subjetivo de las acciones que tiene cada día mayor peso, derivado de la ley de la oferta y la demanda. Si unos títulos tienen muchas solicitudes —más dinero comprador que vendedor—, su precio tiende a subir; la mayor parte de las veces ello obedece a movimientos gregarios de

los compradores más que a los resultados de las cuentas de explotación de las empresas afectadas. Por el contrario, las acciones bajan cuando el número de compradores —la cantidad de dinero comprador— es inferior a la oferta de títulos que se realiza a un precio determinado.

Este comportamiento ha provocado que los movimientos especulativos sean de tal envergadura en la actualidad, que se pueden estar sobrevalorando acciones de empresas que atraviesan una delicada situación económica, e infravalorando otras con una economía saneada. En consecuencia, con el paso del tiempo, la Bolsa ha perdido su utilidad como termómetro del estado de salud de la economía de un país.

El problema radica en que se han confundido los medios con los fines. Se ha difuminado el objetivo inicial de la Bolsa como captadora de financiación para proyectos empresariales, en beneficio del mero juego especulativo que busca el resultado inmediato. Ya casi nadie confía durante un largo tiempo sus ahorros a las mismas acciones para recibir las rentas de los beneficios de las empresas cuando sus proyectos tienen éxito. En la actualidad los inversores en Bolsa compran y venden acciones compulsivamente, buscando el beneficio inmediato en la subida o bajada especulativa de los valores con que negocian. En otras palabras, la Bolsa se ha convertido, en el fondo, en algo parecido a un negocio virtual que, en la mayor parte de las ocasiones, no genera riqueza colectiva alguna.

Sería interesante considerar el retorno de la Bolsa a sus orígenes, especialmente tras la globalización de las finanzas, pues ésta provoca que los movimientos especulativos de Nueva York, por ejemplo, arrastren, y pongan en riesgo, los ahorros de miles de inversionistas de múltiples países, que ni tienen la información, ni la formación suficiente, como para poseer el menor control sobre lo invertido.

¿Cuál debe ser la función del estado en la economía?

El papel del Estado en una economía moderna debe ser el de regulador de los sectores económicos que intervienen en ella, creando leyes sensatas y consensuadas con los sectores intervinientes, y el de ejercer otras dos funciones fundamentales: la de árbitro en la resolución de los conflictos que puedan surgir, y el de cuidadoso vigilante en el fiel cumplimiento de las normas por parte de los diversos sectores económicos, sobre todo del financiero por su gran capacidad de influencia.

Pero lo que nunca ha de ser el Estado –salvo muy limitadas excepciones estratégicas de claro interés general- es empresario, pues no sabe serlo. Cada vez que un estado se ha convertido en empresario, a medio plazo, ha terminado arrastrando a los ciudadanos de su país a la pobreza.

Por otro lado, es necesario saber que los estados no crean ni riqueza ni empleo. Cuando contratan funcionarios no están creando empleo, están creando gasto. La razón por la que esto es así –volvemos a la Fórmula- es porque la mayor parte de los funcionarios realizan actividades que no han nacido de ninguna demanda natural de los ciudadanos, sino de la decisión de los políticos que ostentan el poder en ese momento. Es decir, no están produciendo nada que haya sido solicitado o demandado por la comunidad.

Es indudable que para que el Estado pueda ofrecer a la sociedad los servicios para los que existe –seguridad, obras publica, justicia, etc.- debe cobrar impuestos a los ciudadanos y crear funcionarios para ejecutar estas obligaciones. Pero debe hacerlo con gran prudencia, pues el aumento de funcionarios en las administraciones públicas tiene la inevitable consecuencia de aumento de gasto burocrático, y con ello la obligación de tener que subir los impuestos, lo que lleva a la disminución de demanda porque hay menos dinero disponible para los ciudadanos, y, por tanto, estaríamos ante un previsible aumento de desempleo a medio plazo.

No obstante, en las filosofías políticas presentes, no es aceptable que una parte de la sociedad viva en la miseria, por ello los estados actuales, a la hora de gastar el dinero recibido de los ciudadanos por medio de los impuestos, deben prever partidas de gasto para ayudar a los más débiles. Pero también han de gestionarlo con mucha prudencia, porque si el número de necesitados de ayudas va creciendo, el estado se dedicará a aumentar los gastos para atenderlos –y de camino no perder sus votos-, y sólo lo puede hacer aumentando los impuestos, o endeudándose, lo que creará más miseria, cayendo en un círculo económico perverso que no tiene otro final que la ruina de todos. Los estados deben cuidar que el peso de las clases pasivas no hunda a las activas, que son las que mantienen la economía en marcha.

Realmente la mejor forma en que los estados pueden ayudar a los más débiles es colaborando en crear trabajo, y como mejor puede hacer esto es no dificultando la creación de empresas y alentando a los emprendedores. Eso lo consigue aportando estabilidad social, reglas de juego sensatas y consensuadas, y seguridad jurídica.

¿Es negativo el consumismo?

Hay una anécdota muy significativa relacionada de alguna forma con este tema. Mario Soares (líder del partido socialista de Portugal) acababa de ganar las elecciones en su país cuando recibió, para felicitarlo, la llamada de su homólogo sueco Olof Palme (también socialista)

En dicha conversación Soares le dijo a Palme: *en dos años habré terminado con todos los ricos de Portugal.* A lo que el sueco respondió: *Yo no*

quiero terminar con los ricos, me propongo terminar con los pobres.

Efectivamente, Palme tenía razón. Lo malo no es que existan ricos, sino que existan pobres. Que muchas personas gasten grandes sumas de dinero en consumos excéntricos no es nada negativo, si se lo pueden permitir.

¿Para qué necesita alguien un Ferrari, cien pares de zapatos, o un avión particular? La respuesta inmediata es que no son ninguna necesidad vital y que por tanto para nada, como no sea el propio placer individual que le produzca la presunción. Pero estos ricos al comprar esos bienes han pagado impuestos y han creado empleo, pues han generado demanda por valor de mucho dinero, que a su vez se convierte en trabajo.

En el extremo opuesto –y socialmente muy bien visto a diferencia del ejemplo anterior- está ese ciudadano que tiene solo dos vestidos: uno puesto y el otro lavándose, y presume de no necesitar más. El estoicismo está muy bien intelectualmente, pero lamentablemente no aporta nada a la sociedad, y no ayuda a crear trabajo para los demás.

Pero dicho esto hay que aclarar lo siguiente: El consumo es negativo –y en este caso si cabe emplear el término peyorativo de “consumismo”- cuando esas compras están financiadas con créditos que no se pueden devolver, o con plazos de vencimiento superiores a la vida media del bien financiado. A estos comportamientos sí podríamos aplicarle con justicia la interpretación peyorativa del término. Pues cuando ello sucede –como seria, por ejemplo, financiar la compra de un automóvil en 20 años, lo cual significaría mucho más allá de su vida útil- lo único que hacemos es crear sobredemanda hoy, y con ello inflación, cambiándola por escasez de demanda mañana por haber saturado el mercado, y entonces estaremos preparando una crisis de empleo para el futuro.

¿En economía, es cierta esa percepción de que si uno tiene mucho, por ello otro tiene poco?

Esta apreciación, muy generalizada, nace como inercias por el tipo de economía existente durante toda la historia del hombre, hasta hace relativamente poco tiempo.

Dicha economía estaba basada, básicamente, en la explotación de la minería y tierras, con el oro como patrón monetario; todos ellos bienes escasos. Por tanto, era evidente que si unos poseían mucho los demás tenían poco.

Pero la revolución industrial primero, y hace menos de un siglo la desaparición del oro como patrón para emitir moneda, acabaron con el sistema económico de la Escasez, y emergió el actual que es el de la Abundancia.

En la economía moderna, como antes comenté, no hay límites a la creación de riqueza, sólo los que la imaginación y el esfuerzo de las gentes estén dispuestos a realizar dentro de un sistema ordenado, de acuerdo a lo previsto en la Fórmula arriba expresada.

La economía actual ha cambiado en profundidad aquellos principios obsoletos de la escasez, de donde nacía lo de "*si uno tiene mucho el otro tiene poco*", aunque aún múltiples políticos siguen explotando con buenos rendimientos este argumento panfletario, como arma demagógica y populista, con el fin de conseguir poder.

En la actualidad el dinero que se pone en circulación en un país está relacionado con el PIB de dicho país –como expliqué-, por lo que no tiene más límite que la capacidad de crear riqueza de sus ciudadanos. Así que mientras más bienes que los mercados deseen comprar sean producidos, más subirá el PIB, y con ello el dinero circulante y los ingresos de los ciudadanos.

¿Por qué Venezuela, a pesar de todo el petróleo que posee, esta tan mal económicamente?

Efectivamente, este hermoso país vive un drama inmenso, donde la miseria se ha apoderado de la vida diaria de sus ciudadanos.

Voy a realizar un rápido recorrido por su historia reciente para que se pueda entender dónde está el origen de estos graves problemas.

Durante decenios, en el siglo pasado, Venezuela tuvo un sistema bipartidista, teóricamente democrático, donde la corrupción fue la nota más destacada. Lusinchi, Caldera, Pérez y otros arruinaron el país y eso provocó convulsiones sociales. De estas convulsiones emergió el coronel Chávez –de formación cuartelera- y ganó las elecciones prometiendo sanear la situación y acabar con ella.

Pero no lo supo hacer, como tampoco su sucesor Maduro. Estos gobernaron desde la ignorancia, igual que los anteriores habían gobernado desde la corrupción. Desde dicha ignorancia nacionalizaron las empresas de mayor importancia pero, sencillamente, no tienen ni idea de cómo gestionarlas con un mínimo de eficacia. Resultando de ello más miseria aún que en la época de los dirigentes corruptos. Por tanto, mayor sufrimiento para los ciudadanos venezolanos, pues con frases panfletarias e incendiarios discursos –como hace el gobierno actual - culpando a todos los demás de sus males no se arregla absolutamente nada.

Desde el punto de vista económico, hay que precisar que Venezuela tiene una de las mayores reservas petrolíferas del mundo -y otros importantes recursos naturales-, los cuales gestionados con honradez y eficacia deberían

ser capaces de hacer salir de la situación en que se encuentran sus ciudadanos.

Para ello han de encontrar dirigentes competentes que apliquen con honestidad y rigurosidad la fórmula arriba indicada, comenzando por restablecer la paz social.

Si eso lo consiguen tendrán un gran futuro.

¿Cómo nos afectaría a los ciudadanos catalanes la separación de España?

Estando navegando por el Mediterráneo vimos un grupo de delfines nadando armoniosamente cerca de nuestro barco. Es una visión hermosa. Nos acompañaba un biólogo marino el cual nos explicó que eran delfines calderones, y que poseían unas características curiosas. Una de ellas era que siempre seguían a un líder y que cuando este enfermaba, o perdía la capacidad de orientación, terminaba nadando hacia las playas donde varaba, e inexorablemente moría. Lo curioso es que los demás le seguían hasta el final y morían varados en las playas con el líder.

Lo de Cataluña me recuerda a esto. Unos dirigentes políticos la están llevando a varar, y parte de la ciudadanía los sigue, igual que sus congéneres al delfín líder desorientado.

Cataluña está estructurada políticamente dentro de España, poseyendo una fuerte clase media con un nivel de vida más que razonable. A pesar de ello, parte de los líderes políticos la quieren arrastrar a la creación de un estado propio, y una parte de ciudadanos los sigue.

Si dicha segregación se llevara a cabo estarían creando un país nuevo e independiente, y de acuerdo con las leyes imperantes, dicho país no estaría dentro de la Unión Europea, y obviamente saldría del euro como moneda. Tendrían que crear una propia, la cual no poseería ningún valor fuera de Cataluña. Esto es irrefutable, por más que ignorantes exaltados ondeando banderas lo quieran negar.

Pero siguiendo con la hipótesis segregacionista es fácil prever que, cuando se acercara la fecha de dicha secesión, en los bancos allí situados no quedaría ni un solo euro o dólar, pues casi todo el mundo los retiraría al adivinar con razón que después, el nuevo gobierno, se los convertirían por decreto ley en la moneda catalana, la cual, fuera de allí, no valdría más que el dinero del Monopoly.

Obviamente los ciudadanos recibirían sus sueldos en esa moneda, pero tendrían que pagar las importaciones de todo tipo de bienes en dólares o euros que tendrían que comprar a precios prohibitivos, y ello se traduciría en fuertes alza de los costos de todas las materias importadas, e, inevitablemente, en el

encarecimiento galopante de los bienes normales de consumo, haciendo caer en picado con ello el poder de compra del ciudadano del nuevo país.

Esto no son opiniones. No es más que la aplicación precisa de principios básicos de la economía, combinada con el derecho internacional. Dichas consecuencias son inevitables, y una vez más echamos de menos la formación de los ciudadanos en economía pues ello les permitiría advertir los enormes riesgos que están asumiendo.

Amigo lector ¿este camino emprendido por parte de la ciudadanía catalana no les recuerda a lo de los delfines calderones?

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es